

Relato breve de una historia pasada pero que dejó su impronta en nuestras vidas. Bueno como casi todas las historias que recordamos.

Luna nueva de Virgo de 2015.

La tormenta en la mar.

Habían pasado ya 10 días de la partida del puerto de Montevideo del moto vapor Julietta, el enorme "congelador" griego de 170 metros de eslora y 35 de manga, con destino a los puertos de Ileus, Bahía, Génova, El Pireo y Haifa.

Diez días que llevábamos bajando por la costa de América del Sur, rumbo norte. Ya habíamos pasado la Punta Fría en el atlántico Golfo de Santa Catalina, sumergidos profundamente en una niebla densa que sólo la quilla del Julietta era capaz de cortar con precisión quirúrgica.

Después de haber dejado la hermosa ciudad de Ileus, en unas horas de navegación llegaríamos a Salvador de Bahía.

Así fue como al llegar a la bocana del puerto de Salvador Bahía, las máquinas del Julietta se detuvieron y en un quejido de eslabones la pesada ancla tocó fondo, 20 metros de profundidad indicaba el sonar. Por la radio, escuchaba la voz del práctico del puerto de Bahía, que entre portugués e inglés decía algo así como "euuu, iulieta iullieta....güelcom tu Salvado da Bahía", después explicaba que por el intenso tráfico, deberíamos permanecer unas horas anclados hasta esperar turno de entrada.

Mientras sucedía toda esta conversación, aproveché para salir al exterior del puente de mando y me puse a mirar la hermosa ciudad de Salvador de Bahía.

Nunca había visto tantas cúpulas de iglesias juntas. Después al recorrer la

ciudad llegué a la conclusión que debería de ser la ciudad con más fe católica del mundo, calles enteras con iglesias una al costado de la otra, en algunos casos algún vetusto edificio del siglo XIX, interpuesto tímidamente en medio. Algunas de estas iglesias, con protección policial en la puerta, debido a las reliquias de oro y plata que conservaban en su interior. Esto contrastaba enormemente con los niños descalzos y flacos que correteaban por las calles empedradas de la ciudad "vieja", esa que Jorge Amado define "con azulejos portugueses y su gracia antigua".

Mientras la miraba desde el puente, pensaba que en unas horas, el Julietta estaría amarrado tal vez en el mismo muelle en que estuvo el "Itta", el mítico transatlántico magistralmente pilotado por Vasco Moscoso de Aragón, capitán de altura, inmortalizado por Jorge Amado en "Los viejos marineros".

Pero el pensamiento que predominaba en mi en esos momentos, era que la ciudad de Salvador de Bahía, "con sus azulejos portugueses y su gracia antigua", sería la última ciudad americana que vería en este viaje antes de "sumergirme" en el enorme Océano Atlántico, que guarda bajos sus aguas las montañas más altas del planeta, la Cordillera Atlántica, y tal vez pasaría volando sin ver las míticas ciudades del continente perdido de la Atlántida. Serían unos cuantos días de travesía hasta entrar al Mediterráneo por las Columnas de Hércules.....

La espera de estar anclados a las afueras del puerto de la ciudad de Salvador de Bahía, que en principio era por unas horas, comenzó a alargarse. Tanto se alargó que al final estaríamos girando sobre el ancla a merced de las mareas y corrientes marinas más de un día. Es que llegamos la tarde del 7 de diciembre y el día 8, es festivo en todo Brasil. Día que se conmemora o se celebra a la

hermosa Diosa Iemanjá, con su deslumbrante vestido azul surgiendo de las aguas de la mar. es una de las diosas-madre más importante de la religión del Umbanda brasileiro. Tiene millones de seguidores convirtiéndose en un verdadero estilo de vida de este pueblo americano, que sin duda puede presumir de la maravillosa mezcla de culturas que lo componen.

Los antiguos y lejanos dioses africanos, que venían ocultos en los miles de corazones de los esclavos, arrancados por la fuerza de sus tierras, en un tráfico y negocio infame y cruel. Esos dioses de caoba, mestizos, se fusionan con los santo y vírgenes "legales", "autorizados" de la religión católica, imperante y oficializada en toda América. Así tenemos a San Jorge como Ogúm, San Marcos como Xangó,... e Iemanjá como Nuestra Señora de los Mares. Cuando me enteré de esta última, en mi corazón y mente surgió una plegaria para que la travesía del Atlántico y parte del Mediterráneo fuesen sin peligro.

Esa noche, cálida y húmeda del trópico, veía desde la cubierta del Julietta, miles de luces que iluminaban las playas colindantes al puerto, eran las pequeñas barcas construidas en madera. de unos setenta u ochenta centímetros, que los bahianos, vestidos escrupulosamente de blanco inmaculado, hombres y mujeres, estas con pañuelos blancos también atados en la cabeza, adentrándose hasta la cintura en la mar, dejaban ir llenas de las ofrendas de frutas tropicales y flores blancas, iluminadas por velas que la leve brisa tropical no apagaba. También nos llegaba de las playas el sonido de los cánticos y tambores con un sonido extraño, entre plegaria y lamento que se mezclaba con el aire cálido y las aguas tibias del Atlántico tropical.

No se cuantas horas pasaron de dejarme ir y fundirme en la atmósfera mágica y mística que se respiraba en varios kilómetros a la redonda, haciendo resplandecer a la ciudad de Salvador de Bahía con sus azulejos portugueses y su aire antiguo, hasta que una suave música griega, calmada y nostálgica que habían puesto unos marineros para escucharla, me transportó de nuevo a la metálica cubierta del Julietta.

Uno de los marineros que escuchaban la música, se acercó a mi, traía en su mano una libreta tamaño cuartilla con anillas y una birome, para mi todavía no existían los bolígrafos, con una franca sonrisa, me dice algo en griego, al ver que no entendía nada, me suelta algunas palabras en inglés, castellano, italiano y no se que más. El hecho es que de aquel puzzle de palabras en diferentes idiomas, extraído seguramente del mejor diálogo de los ocupantes de la torre de Babel, pude descifrar lo que quería el marinero que hiciera. Quería mandarle una carta romántica a una chica que había conocido en Buenos Aires, durante los días en que el Julietta había estado cargando pero como él no sabía ni hablar y menos escribir en castellano, me pedía a mi, que le hiciera el favor de escribir algo bonito para Ana, la chica bonaerense de la cual se había enamorado. Eso si tenía que escribirlo en letra de imprenta, así él podía copiarla sin problema y las palabras de amor quedarían grabadas con su trazo. Entre sorprendido y contento, tomé rápidamente la libreta y la birome. Le pregunto si tenía alguna preferencia y su respuesta es: "molto fengári, molto zálazar". Traducido más o menos quería decir que pusiera cosas románticas que hablaran de la luna, de la mar.

Acostumbrado como estaba a escribir cartas, de amor y de amistad, cosa que siempre me había gustado, hasta hoy día, no me costó mucho en hacer una

carta a una muchacha de la cual un marinero errante se había enamorado y que le quería transmitir que no la olvidaba, que no era él un pasajero amor de los dejados en tantos puertos. No hice copia de lo que escribí, pero evocando el jardín de los recuerdos, que todos cultivamos en nuestros corazones, creo que tal vez comenzaba como algo así: "Querida Ana, hace días que el motovapor Julietta navega siguiendo la costa de América. Hoy al acabar las tareas diarias del barco, me siento en unos cabos que están en la cubierta a ver salir la luna llena elevándose sobre el Atlántico tropical. Al despegarse del horizonte para empezar a volar como una cometa de luz sobre el cielo estrellado, deja caer a los costados dos gigantescas lágrimas que se unen a la mar, ahora entiendo porqué la mar es salada, seguro que es de tantas lágrimas que vertió la luna.

Al ir elevándose deja una senda de plata sobre la mar, la senda por la cual nuestros corazones transitaran firmes para encontrarnos en la hermosa luna....." puse más cosas, que ahora no recuerdo al igual que el nombre del marinero que me pidió escribiera esa carta, sé que concluía que lo esperara para dentro de seis o siete meses, cuando el Julietta dejara otra vez el Mediterráneo y empezara a subir desde el norte la costa de América, rumbo a los grandes mares del Sur, en donde el cielo marca el sur magnético con una gigantesca cruz de estrellas.

A partir de ahí ya desconozco si Ana esperó a su marinero griego enamorado y si el Julietta regresó al Río de la Plata. Bueno el hecho es que yo quiero pensar que efectivamente Ana y el marinero griego acabaron viviendo su amor en algún lugar de América o a lo mejor en el Peloponeso o en una pequeña isla

del Egeo, que puestos a soñar podría ser Ítaca y los dos regresaron a casa, la casa del amor.

Dejé a aquel marino que me agradecía con sonrisas y apretones de mano, copiando con su mano las letras de imprenta que había escrito en la libreta. Lo hacía en una hoja especial que tenía, un folio de color crema. Mañana si entrábamos a puerto, en un rato libre iría corriendo a la oficina de correo de Salvador de Bahía y enviaría "nuestra" carta a Ana que la esperaba en Buenos Aires.

Al otro día, a las cinco de la mañana ya estábamos levantados disfrutando de los tremendo desayunos griegos, huevos fritos con panceta, café, zumo de naranja y tostadas con mermeladas y quesos. Al acabar y salir a la cubierta, veo que estaban moviendo las cuatro grúas que tenía el Julietta, dos a babor y dos a estribor. La colocaron a modo de soportes apuntando al centro del barco, luego desenrollaron una enorme lona, la cual utilizaban para cubrir posibles contenedores que cargaran en la cubierta y a modo de gigantesco toldo, lo sujetaron a las puntas de las grúas, que estas tensaron. Le pregunto al cocinero argentino de origen polaco para qué hacía este montaje, para mi alegría, me dice que sacarán 5 o 6 corderos de los que llevábamos "enfriados" rumbo a Italia y con una grandes barbacoas que tenía el barco los asaríamos para comerlos. Claro de tres mil quinientas toneladas de corderos no se notarían cien o doscientos kilos.

La fiesta fue impresionante, eso si, sin gota de alcohol, porque las normas eran que sólo se podía beber alcohol cuando el barco estuviera bien amarrado a un muelle, el ir dando vueltas sobre el ancla, era considerado "navegando". Pero protegidos por el enorme toldo del vertical sol del trópico, y acompañados por

música de Theodorakis que salía de los altavoces que tenía el Julietta para comunicar el puente con la tripulación en los momentos de atraque, partida o carga y descarga, el aire tibio y la mar turquesa en la que flotábamos, todo eso con el olorcito a los corderos bien asados, daba un ambiente de camaradería y alegría compartida que hoy al cabo de treinta y siete años me traen una sonrisa de placer a la cara.

Despertando al otro día, siento el rugiente ruido metálico del ancla que se elevaba, las máquinas del Julietta se ponen en funcionamiento, listas para mover la inmensa mole de hierro flotante.

Me apresuro a subir al puente de mando. Utilizando unos prismáticos, miro con atención una pequeña lancha que venía veloz hacia el barco. Según me indica el capitán, medio en griego, medio en inglés, es la lancha del práctico del puerto de Salvador de Bahía, o sea la persona que por sus conocimientos, de los canales de acceso al puerto, guía a los barcos hasta su muelle de destino.

En pocos minutos, la lancha está pegada al Julietta, protegida por sus defensas para evitar que un golpe de mar la destrozara contra la montaña de hierro del barco. Dos marineros arrojan desde la cubierta una escalerilla de cabos y escalones de madera bien unidos por las cuerdas, para que el práctico sortee los quince metros que separan su pequeña lancha de la cubierta del Julietta.

Una vez en el puente y con la autorización del capitán, el práctico da las coordenadas del rumbo, hacia la bocana del puerto, al primer oficial, este las transmite por escrito al timonel, que cosa que me pareía muy curiosa, este nunca ve la mar, sino que está "encerrado" en una cabina con un cristal en la puerta lateral, al fondo del la "sala" del puente. Dentro de esa pequeña cabina está un enorme y resplandeciente timón metálico, en la pared de delante del

timón un semicírculo metálico con grados marcados partiendo de cero, en el medio, a derecha e izquierda. En el cero una enorme "punta de flecha", que se movía de acuerdo los giros del timón. El timonel, que estaba de pie, por eso era relevado cada dos horas durante la navegación, sólo tenía que poner la flecha girando el timón, de acuerdo a lo que había escrito el oficial de guardia en ese momento.

Yo estaba maravillado, nunca había visto como funcionaba uno de los grandes barcos que no me cansaba de mirar, tal vez premonitoriamente, cuando surcaban el horizonte por La Paloma, rumbo, ves a saber dónde. Entonces pensaba si tal vez me hubiera visto pasar en el Julietta, el Capitán Domínguez, padre de mi amigo Diego, desde su singular casa en La Paloma, aquella que la había hecho de tal manera que cuando subía la marea, no se podía entrar o salir por tierra de ella. Capitán, que seguro esta su espíritu allí, que se casó con aquella hermosa bailarina de ballet clásico, y que una repentina fiebre, lo desembarcó para siempre en una lejana playa del Caribe. En cuerpo nunca más volvió a la casa de La Paloma, pero doy fe, que su espíritu está allí, porque cada noche se enciende la luz del comedor que da al jardín, desde donde se puede pescar como si fueses en un barco. Bueno pero eso pertenece a otra historia, ya que El Capitán Dominguez bien se merece un capítulo aparte.

Con un potente toque de bocina, el Julietta se pone en movimiento, el práctico regula la velocidad con la enorme palanca que está en el puente. Los gigantescos pistones que hacen girar el cigüeñal y este las hélices de más de cuatro metros comienzan a hacer su clásico ruido de tambor, pero con golpes muy espaciados, lo que quiere decir de vamos a la velocidad más lenta.

Pasamos los espigones que protegen el puerto, varios muelles con barcos atracados nos miran atentamente. Veo que dos potentes remolcadores, se ponen una a cada costado del Julietta. Al enfrentar un extenso muelle donde se veían por lo menos cinco grandes cargueros amarrados, veo que hay un gran hueco entre ellos, de unos doscientos metros, el mínimo para poder amarrar al Julietta con seguridad. Al acercarnos al "hueco", el remolcador de la izquierda se coloca delante del barco. Las máquinas quedan a relantí y el práctico, comienza a frenar el barco invirtiendo el giro de las hélices. Los remolcadores ayudan a quitar la inercia que traía el Julietta y lo empiezan a empujar de costado, dirección al muelle. Veo unos enormes neumáticos que cuelgan del muro de piedra del muelle a modo de defensas, para amortiguar posibles golpes y evitar daños al barco.

A los pocos metros, los marineros del Julietta, lanzan a tierra unos cabos que son recogidos por estibadores del puerto y a modo de lazo colocados en el férreo cuello de las amarras que daban a proa y popa. Los motores que enroscaban los enormes cabos de amarras, tiran con fuerza y acaban de arrimar al Julietta a su muelle.

Una vez la escalerilla nos une con tierra firme, las máquinas de navegar se acallan, y comienza un intenso trajín de gentes, que suben al barco, eran los tratantes de las cargas que esperaban al Julietta. En Bahía, cargaríamos miles de toneladas de cacao con rumbo a Israel.

El primer oficial, nos dice amablemente que podemos descender del barco y recorrer la ciudad, eso si, nos advierte que tomemos buena nota de la hora de partida del barco, que estaría apuntada en una pizarra a pie de la escalerilla.

Atentos porque llegada la hora indicada, el barco partiría, con o sin los que hubiésemos bajado. El barco nunca esperaba a nadie.

Una vez ubicados por dónde se ha de salir del puerto, empezamos una larga caminata a lo largo del muelle, entre barcos de todos los tamaños tiempos y cuidados. El sol del trópico ya nos dejaba sin sombra y el calor era muy agobiante. Pero todo era tan nuevo a mis ojos, que un poco de calor bien valía pagarlo como precio.

Al llegar a los controles de salida o entrada del puerto de Salvador de Bahía, dos soldados negros de la policía militar, no nos olvidemos que en aquellos años toda América estaba muy convulsa, nos detienen, muestran la carta de embarque de el Julietta, todo está en orden, pero uno de ellos, el más joven, me pregunta que era eso que llevaba abrazado con el brazo izquierdo. No conocía lo que es el mate, estaba sorprendido por el mate en si y el termo. Acto seguido, el otro soldado, entre risas, le explica que yo era "un patricio del sur", que en el estado de Río Grande do Sul, era la bebida del "gauchos". El otro se ruboriza de su ignorancia y me pide que se lo deje ver. Le digo si quiere tomar uno, pero le advierto que no le gustará porque es terriblemente amargo. Le aviso que si decide a tomarlo, lo ha de acabar, que un mate no se puede dejar a medias. Ante la duda, mi seriedad y las risas de su compañero, decide con una sonrisa decirme que no, que si algún día va a Río Grande, ya lo probará.

Me dirijo a la parte antigua de la ciudad, sintiendo, casi acariciando las calles empedradas consciente que serían las últimas calles que pisaría de mi amada América, Abya Yala, tal vez para siempre o por lo menos por mucho tiempo.

Estaba a 4.000 kilómetros de mi Montevideo natal, pero sabía que todavía ahí podía regresar caminando, una vez zarpara el Julietta, no habría marcha atrás.

Después de recorrer la ciudad tan hermosa de Salvador de Bahía, con sus cientos de iglesias y los platos de "feijoadas" que te vendían en la calle o los tragos de caipiriña que te ofrecía, imposible de beber esa temible aguardiente con el calor que hacía, decido volver con tiempo prudencial al Julietta.

De pronto en una gran plaza, me encuentro con un gran cúmulo de gente, que observaban en el centro a dos hombres que interpreté estaban peleando. A punto estuve de tomar otra dirección, para evitar posibles contratiempos, pero al ver entre las gentes unos cuantos cascos blancos de las letras PM pintadas, y al ver que estos no intervenían sino que eran unos espectadores más, decidí acercarme. Ahora el ignorante de cultura americana era yo, los chicos aquellos bailaban capoeira, una danza de origen africano, que en un principio era como un arte marcial. Cuando empiezan a sonar los tambores siguiendo el ritmo del birimbao, me quedo extasiado. Otra de las cosas que no había visto en los 23 años de vida.

Al salir de la plaza, dos mujeres negras, vestidas de blanco inmaculado, junto con sus graciosos pañuelos blancos atados a la cabeza, se me acercan, no se si por el mate, el cual era mi cartel identificativo que no era de ahí, o porque me querían preguntar algo, me hablan en dialecto bahiano, mezcla de muchas lenguas, les digo que me perdonen pero no les entiendo nada, con una sonrisa hago el gesto de girarme para seguir mi camino y una de ellas me regala dos collares de cuentas pequeñas, uno de colores celeste y blanco y el otro de verde y rojo. Les digo que no los quiero comprar y me hacen entender que son para mi, que no quieren dinero. Me los coloco en el cuello y marchó después de habernos abrazado con las manos. Años después me enteré que otra vez había actuado como un gran ignorante de la cultura popular. las mujeres

aquellas, eran lo que en el Umbanda se llaman Mae do Santo y los collares que me regalaron eran símbolos de la máxima protección, que representaban a Iemanjá el azul y blanco y a Xangó el verde y rojo. Había sido todo un honor el recibir eso.

Ante la enormidad del puerto de Salvador de Bahía, evidentemente, no entré por la misma puerta, pero con los collares que llevaba puesto, y el mate en la mano, los policías que estaban en el control me indicaron que pasara sin tener que presentar nada. Increíble.

Al ir caminando por el interminable muelle, me llega un perfume dulce agradable, completamente nuevo para mí. Me estaba acercando a una enorme pirámide construida de piñas frescas, listas para cargar, ves a saber a dónde. Me quedo estupefacto mirándolas, ya que en mi sur lejano no prosperan los cultivos tropicales y la piña sólo la comíamos enlatada, con almíbar, justamente procedente de Brasil. No sé que cara puse pero uno de los que estaba atendiendo la carga de las piñas, me dice que tome todas las que me pueda llevar. Atraído por la curiosidad y el perfume, tomé tres, más no podía, ya que llevaba el mate. El hombre aquel, con una cuerda ató a las tres por sus hojas y me las dio. Me las colgué en el hombro a modo de sacos y continué la marcha rumbo al Julietta.

No paraban de pasar camiones a toda velocidad repletos de sacos enormes llenos de cacao, con lo que supuse iban hacia el Julietta. Apretando la marcha para llegar a tiempo, agobiado por el tórrido calor y sumergido en mil pensamientos, siento los frenos de uno de los camiones que se detiene al costado mío. El chofer, con una resplandeciente sonrisa blanca que brillaba escandalosamente en contraste a su piel negra, me dice que suba, que el va

para el barco. Nunca supe como ese hombre sabía que yo iba para el Julietta. En la atiborrada cabina, además del chofer iban tres estibadores más. Este le dice a dos que se bajen y vayan colgados a los costados de la caja del camión. Entre risas, estos acceden sin problemas. Qué contento estaba yo de ahorrarme la caminata casi eterna hasta el Julietta. Como deferencia, le dejo el resto del paquete de cigarrillos Coronado, que llevaba, sabedor si, de que en Brasil les gusta mucho el tabaco rubio uruguayo.

Al llegar al barco nos despedimos con golpes de manos y uno de los estibadores, al verme los collares me invita a la noche para un ritual del Umbanda que hacían, no se en que playa, una macumba. Le agradezco y le digo que mi barco parte a las 20.30 y que me será imposible asistir.

Una vez a bordo del Julietta, observaba los frenéticos trabajos para acabar de cargar de cacao las bodegas, que todavía tenían algún espacio.

Decido quedarme para observar las maniobras de abandonar el puerto.

Al dejar el último camión su carga, las grúas del Julietta, vuelven a su posición estática, retraídas, listas para la navegación. Los oficiales, se aseguran del cierre hermético de las enormes bodegas, cuyas puertas dan a la cubierta del barco. Los enormes motores se encienden, haciendo salir un eructo negro de las chimeneas del Julietta.

Subo a la parte exterior de puente, ya que nos habían dicho antes de embarcar que a la hora de atracar o partir, los que veníamos como "pasajeros", que eramos cuatro personas, no estuviésemos en los lugares dónde se hacían las maniobras por parte de la tripulación, ya que podía ser peligroso para nosotros. Bueno en aquella enorme "terraza" metálica, no molestaba a nadie y podía ver todo.

Tiran dos cabos hacia el lado de mar, que son enganchados por dos remolcadores uno a proa y otro a popa. La escalerilla que nos unía al muelle, ya había sido retirada y la "puerta" metálica estaba perfectamente camuflada con el resto de la barandilla que circundaba la cubierta. Unos estibadores quitan los cabos de las amarras metálicas que los motores recogen rápidamente. En segundos, otra vez, ese sacudón del tiro de los remolcadores que nos separan de la tierra firme. Era consciente que con esa sacudida abandonaba para siempre América, Abya Yala, la tierra de mis antepasados y de otros que la hicieron suya. Hasta ahí, Salvador de Bahía, sabía que si quería podía volver a Montevideo caminando, a pesar de los 4 mil kilómetros que me separaban, pero que después de ese "tirón", ya empezaría a poner miles de millas de agua, todo un océano, con sus incertidumbres, dudas, miedos y misterios.

Me despido de Abya Yala con una lágrima que se secó rápidamente debido al calor del trópico y a que tal vez yo ya me había muerto y como dijimos antes, cuando te mueres, no lloras.

Una vez fuera del puerto, la velocidad del Julietta se empieza a incrementar, notándolo por el ruido de los pistones de las máquinas.

Rumbo NE, viendo alejarse América por la popa. La mar estaba plana y el sol se ponía, sobre el continente cada vez más lejano, entre un derroche de rojos y amarillos a cual de ellos más espectaculares. A proa se empezaban a divisar las primeras estrellas indicándome que en poco estaríamos sumergidos en el cielo oscuro de la noche atlántica.

Como la cena en el barco era a las 17 horas, y ya llevaba días que había decidido saltarme tan brutal horario culinario, decido ir al camarote a probar las piñas que me habían regalado en el puerto.

Nunca había probado esa fruta natural y fresca. Mi sorpresa fue mayúscula, tenía una dulzura, un perfume y un sabor que jamás había sentido. Lamenté no haber cogido más, pero tampoco podía traerlas, porque las encontré tan y tan deliciosas, que aun hoy persiste en mi memoria aquella textura jugosa perfumada y dulce, que con palabras escritas o habladas creo seré incapaz de transmitir.

Después de darme por "cenado" subo a la tercera cubierta, que tenía una pequeña piscina, a la cual el oficial de máquinas, el Cheff Ingenier, siempre tenía la amabilidad de llenarnos con agua de mar, en esa cubierta, habían unos bancos de madera bien amarrados al suelo, los cuales era una delicia sentarse a mirar la noche infinitamente estrellada, fumarse un cigarrillo y escuchar el sonido de la mar abierta por la quilla del Julietta navegando veloz, 21 millas la hora, que para un carguero, está considerada una velocidad extraordinaria. Además siempre me encontraba a alguien de la tripulación, para hablar y preguntar muchas cosas en mi eterna curiosidad. Esa noche me encontré con el segundo oficial de máquinas, un hombre ya con algunos años. Me comentó que llevaba toda la vida en la mar, desde que acabó sus estudios de ingeniería naval en Grecia, que llevaba un par de años haciendo la ruta Mediterráneo, Río de la Plata, pero que antes había hecho casi todas, lo que más me impactó fue cuando me contó que a lo largo de su larga carrera de marino, había vivido tres naufragios, y que de los tres había podido sobrevivir. Me contó que durante una tormenta, si la proa del cualquier barco no se levanta después del golpe de tres

olas, este se hunde en picado indefectiblemente, sin dar tiempo a nadie a poder salir.

Decía que tal vez al cruzar la imaginaria línea del ecuador, al pasar al hemisferio norte, podríamos ver la mar algo más "picada", porque en esa zona los vientos cambian de dirección y esto provoca turbulencias marinas, pero que tranquilo que no era ningún ciclones o huracán, que esto podía pasar al chocar masas de aire frío con la alta temperatura de la mar en la zona ecuatorial del planeta.

Lo que yo no me imaginaba que nos íbamos a encontrar en pocos días con uno de los vortex del huracán Greta.

Era consciente que en poco dejaría de ver la Cruz del Sur, la constelación que marca mi amado sur y que pasaría a ver a la Osa Mayor, o el Carro y Polaris, que me marcarían el norte que tendría que aprender a amar.

Llevaba un juego que me había inventado, con un viejo planisferio, y contando la velocidad del barco, con el tiempo que llevábamos, iba calculando la latitud y longitud en que nos encontrábamos, después subía al puente y lo corroboraba con las cartas de navegación del Julietta y preguntando al oficial de guardia los datos correctos. Qué alegría me dio cuando según mis cálculos estábamos pasando la línea del ecuador y el oficial al preguntarle me dice, "en este momento exacto estamos cruzando el ecuador del planeta". Me ericé completamente como si una corriente telúrica venida del fondo del océano me hubiera atravesado rumbo al cielo.

Transcurrieron dos o tres días de navegación plácida, es decir, cielos despejadamente azules durante el día, amaneceres y atardeceres con el sol

emergiendo o sumergiéndose en la mar circular que nos rodeaba. En todo momento te sentías como el centro de un gran círculo de agua.

Me gustaba ir a la punta de la proa y sentir el aire fresco cargado del olor a sal que siempre tiene el Atlántico. Desde allí me estiraba bien sujeto a las barras de hierro a mirar como la proa y quilla del Julietta cortaban dejando espuma el océano color turquesa. El suave balanceo de la quilla entrando y saliendo de las aguas era casi adormecedor, aunque miraba con algo de vértigo por los 20 metros que me separaban del agua. Otras veces iba a la parte más central del barco en la cubierta, donde veías como se deslizaba de rápida el agua y la distancia era mucho menor, tanto que daba la impresión de a veces poder tocarla, incluso te mojabas cuando atravesábamos alguna de las potentes corrientes que llevaban otro rumbo diferente al nuestro y enfadadas estrellaban olas contra el barco. Ante esto, el Julietta se deslizaba impertérrito con sus casi treinta millones de toneladas desplazadas.

Disfrutaba mucho en ese lugar de ver las manadas de delfines que nos acompañaban, saltando a los costados del barco o "ganándonos" en la carrera oceánica. Un día el espectáculo fue un cardumen de peces voladores, que nos cruzamos en su peregrinar. Salían fuera del agua e impulsados por sus enormes aletas a modo de alas, recorrían grandes distancias "volando", algunos despistados sobrepasaban la cubierta del barco, quedando varados en la misma a la espera que alguno de nosotros los devolviera presto al agua. Otra vez vimos una familia de cachalotes que pasaron junto a nosotros rumbo sur, seguramente a la Antártida. Uno de ellos se acercó lo suficiente para poder ver uno de sus gigantescos ojos, pero que me llenaron de ternura y paz porque

su mirada era de curiosidad inocente, de una pureza como pocas veces había visto antes en un ser vivo.

En aquella biblioteca viviente del océano iban pasando los días entre cielo y agua. Ya no veíamos aves que surcaran el cielo, lo que quería decir que nos encontrábamos bastante alejados de la costa. No me perdía ni una noche de ver surgir de la mar como una exuberante dama blanca a la luna. Seguramente debía ser por la falta de aire contaminado o la simple refracción de la luz pero nunca más he vuelto a ver los tamaños magníficos de la luna en medio del océano Atlántico. Hubo una noche en que por un momento la proa del Julietta coincidió con el camino que hacía el reflejo de la luna en la mar. Me fui corriendo a la proa y por un instante pensé que el Julietta entero tomaba carrerilla para remontar vuelo y abrazarse con la luna. Fueron sensaciones y experiencias tan grandes que están guardadas en mi corazón a modo de tesoro vital que evoco y abro cada vez que me intenta atrapar la tristeza o el desanimo.

Todo transcurría en esa calma hasta que una mañana, me despertó el movimiento del barco, que era como si fuese con un coche por un camino empedrado, sin sacudidas pero con una inquietante vibración.

Después del desayuno a la griega, con huevos fritos y bacón, subo a una de las cubiertas y al ver la mar, me doy cuenta que habíamos cambiado el transitar por una mar de un azul cobalto hermoso a una mar de azul grisáceo y llena de manchas blancas, producidas por la espuma de miles de pequeñas olas generadas por el viento.

Durante todo el día estuvimos con esa mar que yo intuía normal, aunque en el cielo empezaban a aparecer pequeñas nubes, a modo de rebaño de ovejas,

que según mi tío Ricardo, eran los antecesores y anunciantes de fuertes lluvias y vientos, los temibles cirro-cúmulos.

Ya habíamos atravesado por algunas lluvias, sobre todo después de la niebla que nos envolvió en el Cabo Frío, en el Golfo de Santa Catalina, pero todo había sido como si el Julietta hubiera recibido un lavado automático.

Los días iban pasando plácidos entre soles, lunas, estrellas y la mar en calma. Tanto era que el Julietta podía desarrollar su velocidad máxima, 23 nudos, con lo que se preveía hacer una parada en Tenerife o Gran Canaria para repostar combustible, ya que este es más barato en las islas. Si las cuentas salían, se podía repostar y estar en Génova antes de navidad para poder entregar los corderos enfriados que llevábamos desde Uruguay. Pero a pesar de los planes, la mar seguía como una calle empedrada. Fue aquella noche que me acerqué a la cocina para prepararme algo de cenar, ya que había abandonado el ritmo griego de comidas, con la cena a las 17 horas. Por lo tanto, como en la cocina había una nevera constantemente cargada de alimentos, fiambre, quesos, huevos, mermeladas, frutas, yogurt, , era muy práctico y sencillo prepararse algo para comer a cualquier hora. Pero mi sorpresa fue que no encontraba los platos, cazos y cubiertos, que siempre estaban a la vista en sus soportes. Me pareció muy extraño, además suponía que deberían de estar en los armarios que rodeaban la cocina, pero estos estaban cerrados con cierres de seguridad y yo no conocía los movimientos a hacer con la manecilla para abrirlos. Para mi suerte, aparece uno de los oficiales, que venía a prepararse un café, ya que estaba de guardia en el puente. Primero, me enseña como se abren los armarios y acto seguido, le pregunto dónde están todos los utensilios. Me abre un armario, y veo que están los platos, completamente inmovilizados en sendos

soportes, apretados por arriba y por abajo. Voy abriendo armarios y lo mismo de inmovilismo con los vasos, cubiertos y cazos. Le pregunto del porqué tanta inmovilización, si tenían miedo de que se fueran volando a otro planeta.

Con una sarcástica sonrisa, de quien se dirige a un incauto ignorante, me explica que se recibió por radio un comunicado meteorológico, de que en la ruta que íbamos nos meteríamos de lleno en los restos de lo que había sido el huracán Greta. Según el parte, entraríamos en una zona con vientos de más de 150 km. hora, cosa por la cual, el Julietta se movería “un poco”, así que había que dejar todas las cosas “rompibles” bien sujetas para evitar desastres.

Calculo que habían pasado unas tres horas o tal vez, dos, ya que el tiempo en la mar parece que transcurriera en otra dimensión. Es algo así como cuando se dice “perdió la noción del tiempo”. Sobre todo, esos instantes o eternidades, en donde te percibes como un punto más de una gran inmensidad, un punto ridículo, ya que un enorme barco, te parece microscópico, un punto en que sientes que giras con una esfera aun más microscópica en un inimaginable infinito cuántico.

Así fue como volver a la desnudez y desprotección de la inocencia cuando empecé a sentir los excesivos balanceos del Julietta. Algo que no había sentido antes en los días de navegación que llevaba.

Al ser noche cerrada, sólo veía por las ventanas el agua de la lluvia que se deslizaba con fuerza. Para transitar por los pasillos tenía que ir agarrándome con fuerza de las barandas pasamanos que habían de cada lado, sintiendo la inestabilidad de los pies, la inevitable languidez de estómago, que precede al

mareo provocado por el movimiento incesante, que no dejaba estabilizar el “giroscopio” interno del oído.

Al llegar al camarote, las maletas, que traía 22 más el baúl, iban como las bolas de las máquinas “clipers”, pegando a un lado y otro de las paredes.

Con mucho cuidado, para no ser arrastrado y golpeado por el mobiliario, que no estaba fijo en el suelo, dos bonitas sillas, porque el resto estaba bien anclado al piso, como la cama, un sofá que estaba contra una de las paredes o el escritorio. Las sillas, cuyas patas sobresalían del asiento como si fuesen las patas de una araña, y que yo pensaba que eran un tipo de diseño moderno pero que en realidad era pura ingeniería al servicio de una silla adaptada a suelos “inestables”, iban de un lado a otro sin volcarse. Entonces fue cuando supe para que era la cuerda que tenían debajo, rematada con una pieza de rosca. Junto al escritorio, desde el cual escribí extensas cartas a familiares y amigos, sobre este fantástico viaje que estaba realizando rumbo al destierro, a unos centímetros, habían en el suelo dos orificios con rosca hembra, esto era para enroscar la cuerda de las sillas y dejar estas fijas al suelo o con el mínimo de movimiento.

Aseguro las sillas al suelo y empiezo a distribuir las maletas que seguían desbocadas su carrera por el camarote, en los huecos que me permitía el mobiliario, debajo del escritorio, en la ducha del pequeño baño interno y las que me sobraron las puse una al costado de las otras, a modo de eslabones y hundidas a presión entre dos paredes paralelas del camarote.

Ahora empezaba el otro reto: intentar dormir, o por lo menos acostarse sin salir despedido de la cama, ya que los movimientos del Julietta eran de babor a estribor cada vez más intensos y la cama estaba orientada de proa a popa.

El desenlace final, todo fue bien, ya que lo podemos escribir ahora.

Todo un reto intentar dormir sin lugar a dudas. La cama esta ubicada sobre una tarima de madera de unos 70 cm. de alto, en dónde el colchón quedaba empotrado. Por supuesto no tenía barandas, como se ponen en las cunas de los niños, o sea que el salir despedido estaba garantizado con tamaño movimiento. Pero como veníamos criados en la vieja escuela de que “para todo hay una solución”, seguramente tradición que adquirimos los que nos criamos en la Banda Oriental, de aquellos tíos abuelos italianos que llegaron con sus tornos y herramientas, siendo capaces de arreglar todas las cosas mecánicas o eléctricas que se estropeaban en las casas del barrio. Tanto te rebobinaban el motor de una heladera como hacían la pieza del coche que no se encontraba porque era de “importación” y para el consumo que había no era rentable traer. Ellos, aquellos italianos desterrados que amaron y quedaron para siempre en la Tierra de los Pájaros Pintados, nos enseñaron que todo tienen solución y todo se puede arreglar. Por eso nos pusimos a observar el entorno que nos rodeaba en el pequeño camarote. El problema que tenía que solucionar era dormir, o por lo menos acostarme, sin salir rodando por el camarote. La solución vino del sofá que estaba empotrado y anclado sobre una de las paredes del camarote. Este, al igual que la cama, tenía los almohadones, de skay empotrados. Enseguida vi la solución. Quité los 4 cojines del sillón y los coloqué a modo de cuña entre el colchón y su encaje en la cama. Total, que el resultado fue una

cama en forma tubular, en donde al acostarte quedabas prácticamente inmovilizado. Garantizado no salir volando por ninguno de los costados, exceptuando que el Julietta diera una más que probable vuelta de campana a juzgar como se movía.

El objetivo de acostarse, estaba conseguido, otra cosa muy distinta era dormir. Imposible, con ese movimiento, lo único que conseguía era que mis líquidos del oído no pararan de moverse al igual que la mar. Así que decidí relajarme, hacer de cuentas que estaba en un parque de atracciones, disfrutando de la montaña rusa líquida más grande del mundo, mientras esperaba el primer atisbo de luz natural para ir al puente de mando.

A la primera grisácea claridad, miro por la ventana, la visión era unos segundos de ver agua, una mar oscura y plomiza, y luego unos segundos de ver enteramente en la ventana otro gris, más claro que era el cielo.

Mientras subía al puente, agarrándome de las barandas paralelas de los pasillos del Julietta, miraba el enorme póster de las Cariátides, que cubría toda la pared que daba acceso a la sala de entretenimiento.

Siempre me fascinó ver aquellas columnas conformas de mujer sosteniendo el techo del templo. Yo lo quería ver como la representación del espíritu femenino que es capaz de unir cielo y tierra a través de su fuerza, aunque sabía perfectamente que esas mujeres representaban la condena impuesta por los espartanos a soportar los más atroces pesos físicos por siempre, después de haber arrasado la ciudad de Carias, por el hecho de que su pueblo se había

aliado a los derrotados invasores persas. A mi me sigue gustando más la interpretación libre y personal, anterior.

Justo en ese momento, cuando observaba absorto la Cariátides, sentí que el Julietta comenzaba a moverse en dirección proa – popa, y el ruido de las máquinas indicaban que la velocidad se había reducido al mínimo.

Había que asirse con fuerza a las barras de los pasillos o de las escalerillas, ya que soltarse era salir despedido hacia delante o hacia atrás, ya que los movimientos eran cada vez más bruscos.

Con bastante sensación de vértigo y mareo, llego al puente, pregunto al oficial de guardia, a pesar de que estaban todos los oficiales, desde el capitán hasta el contramaestre, que pasaba que nos movíamos en otro sentido, es decir de proa a popa. Me explica que las olas son tan grandes, que el Julietta no las puede aguantar de costado, ya que lo hacen rolar acercándose peligrosamente a los 45°, punto este de no retorno, porque cualquier barco inclinado a esos grados, se da vuelta de campana, lo que significaría el fin. Para evitar esto, se cambió el rumbo, ahora Nornoroeste, a los efectos de enfrentar las olas de proa. Las olas superaban los 30 metros de altura, impulsada y batidas por vientos de 170 Km/h, mar arbolada era el diagnóstico meteorológico.

La vista desde el puente impresionaba, subíamos y bajábamos enormes montañas de agua color gris oscuro. Cuando estábamos arriba, parecía la vista de mis verdes praderas onduladas en las brumas de la lejanía. Luego al bajar, como en una montaña rusa, quedábamos rodeados de paredes de agua que resultaban difíciles de volver a remontar.

La velocidad del Julietta, era la mínima efectivamente como lo había intuído, para evitar que las dos enormes hélices salieran fuera del agua, cosa que al estar liberadas de la fuerza y resistencia, aceleraran sus revoluciones de giro, provocando una inoportuna avería de los motores. Y en aquella mar quedarse a la deriva, era naufragio seguro.

Ahora la sensación más profunda que tuve, tan es que muchas veces, me vuelve a la mente, trayéndome un sentimiento de angustia tremenda, soledad y desamparo, fue cuando mirando por el grueso cristal de la puerta de la tercera cubierta, que daba al exterior por la popa, y que estaba perfectamente cerrada, ya que salir al exterior sería unirse para siempre al océano Atlántico, fue, ver al Julietta y yo en él, descender una enorme ola, él con sus 170 metros de eslora y 35 de manga, con sus 40 millones de toneladas, pero demostrándose con una inocencia y fragilidad parecida a la de mis barquitos de papel que hacía navegar veloces en la correntada del cordón de la vereda después de la lluvia, allá lejos en mi Montevideo natal.

Ese vértigo, esa sensación que estás a merced de algo más grande, más poderoso, en la cual sólo te sabes testigo, observador entregado a lo que la ola quiera y tu coraza aguante, es la misma sensación que me viene cuando la vida a veces te hace navegar por otros mares con olas secas pero no menos temibles y poderosas.

Al mediodía, nos fuimos acercando al salón comedor, austero pero con lo imprescindible, una mesa rectangular de unos 4 metros, con sillas de “patas de araña” que vagaban atónitas por el recinto. Estaba precedido por un enorme

ventanal con vidrios de más de 10 cm de espesor, que daba a la altura de la cubierta principal con vista a la proa.

La imagen me encantaba, veía la proa del Julietta sumergirse cortando la gigantesca ola y esta golpeando con fuerza en el “ventanal” hasta dar la sensación de ir en un submarino, ya que después del golpe toda la cubierta de proa quedaba debajo de la turbia y agitada agua del Atlántico. Al contar hasta cuatro, veía la punta de la proa emerger apuntando al cielo convirtiendo la cubierta en una cascada de un río torrentoso evacuando agua.

Todo esto me parecía increíble, creo que de alguna manera, a pesar del miedo, lo disfrutaba, hasta que uno de los oficiales, que había sufrido 3 naufragios a lo largo de su carrera, me comenta que había que evitar por todos los medios, jugando con la velocidad y el rumbo, que “cayeran” en la cubierta 3 olas seguidas, sin dar tiempo a que la proa emergiera al cielo otra vez, porque el barco no aguantaría el peso de tantas toneladas de agua y se iría a pique como si de una flecha se tratase, sin dar tiempo a ningún tipo de evacuación o salvamento.

A partir de ahí las contaba, cuando vi que no pasábamos de dos olas golpeando en el ventanal de la cubierta antes de que volviera la catarata de agua, decidí no preocuparme más, entregar lo que tenga que ser a las manos de la mar, del viento, de la pericia de los oficiales y sobre todo de la sonrisa de Iemanjá la Diosa de los Mares, que tan bien me había tratado en Salvador de Bahía.

Así que a partir de ese momento, me puse a disfrutar de la tormenta.

Otra hazaña, aunque parece trivial explicarlo, era comer. Con el meneo tan impresionante, no era fácil.

El hecho divertido, que aun hoy me provoca la sonrisa, fue lo que le ocurrió a un chico, de 15 años, que venía con nosotros como “pasajero”, con su padre griego que volvían repatriados a Grecia, después de una experiencia de inmigración en Chile bastante desafortunada. Todos, cuando ocupamos la mesa, tuvimos la precaución de fijar la silla al suelo con el cordón que colgaba de esta. El chico, greco-chileno, no lo hizo, supongo que por descuido. Todo transcurría con normalidad, me refiero al movimiento, los cocineros nos habían puesto un delicioso plato de salchichas con bacón huevo frito y puré, que todos custodiábamos cogiéndolo con una mano y la otra un tenedor o un cuchillo dependiendo del comensal. De pronto se produce el impacto de una enfurecida ola y provoca una inclinación vertiginosa del Julietta, haciendo que la muy libre silla del chico, con él sentado, claro, se deslice como caballo desbocado hacia una de las paredes del comedor. No me olvidaré nunca de los ojos de desesperación y asombro de aquel muchacho, las manos y las piernas extendidas intentando agarrarse a algo inalcanzable ya que la mesa cada vez estaba más lejos. Lo único que lo quería alcanzar fue, por separado, el plato, las salchichas, el huevo frito y el puré que fueron quedando en el suelo del comedor como advertencia de tamaño descuido. Cuando pegó con fuerza contra la pared, y a pesar de su rostro pálido y sus ojos de susto, viendo que nada grave había ocurrido, estalló una risa generalizada que nos vino muy bien para sacarnos tanta tensión vivida y quitarle dramatismo al susto del chico.

En esas condiciones estuvimos inmersos tres días con sus noches. Cuando los restos del huracán Greta decidieron calmar las aguas y sofocar los vientos, el Julietta se había desviado mucho de la ruta a las Islas Canarias, así que evaluando el combustible disponible, y el poco tiempo que faltaba para la entrega de los corderos enfriados en Génova, el capitán decide poner rumbo a las Columnas de Hércules y entrar en el Mediterráneo ya en pleno invierno boreal, en donde el Julietta nos dejaría junto con los corderos enfriados, no se si para siempre pero si por ahora, por mucho tiempo.....

Para Jorge Amado y “Los Viejos Marineros”

Para Ana, aquella novia del marinero griego que quedó en Buenos Aires esperándole.

Para todos los que están haciendo un viaje y aún no lo saben.